

El libro de los diálogos

Vida de San Benito San Gregorio Magno

CAPÍTULO XXI

DE DOSCIENTOS MODIOS DE HARINA HALLADOS DELANTE DEL MONASTERIO EN TIEMPO DE CARESTÍA

En otra ocasión, sobrevino en la región de la Campania una gran hambre que afligía a todo el mundo por la falta de alimentos. Empezaba también ya a escasear el trigo en el monasterio de Benito y se habían consumido casi todos los panes, de tal manera que a la hora de la refección de los monjes sólo pudieron hallarse cinco. Viéndolos el venerable abad contristados, trató primero de corregir con suave reprensión su pusilanimidad y luego de animarlos con esta promesa, diciendo: "¿Por qué está triste vuestro corazón por la falta de pan? Hoy ciertamente hay poco, pero mañana lo tendréis en abundancia". Al día siguiente encontraron delante de la puerta del monasterio doscientos modios de harina metido en sacos, sin que hasta el día de hoy se haya podido saber, de quién se valió Dios todopoderoso para llevarlos allí. Viendo esto, los monjes alabaron a Dios y aprendieron a no dudar más de la abundancia, aun en tiempo de escasez.

PEDRO.- Dime, por favor, si este siervo de Dios tenía siempre espíritu de profecía o si este espíritu invadía su alma sólo de vez en cuando.

GREGORIO.- El espíritu de profecía, Pedro, no está continuamente inspirando la mente de los profetas, porque si el Espíritu Santo, según está escrito, inspira donde quiere (Jn 3,8), también has de saber que inspira cuando quiere. Por eso, preguntado el profeta Natán por el rey David, si podía construir el templo, primeramente le dijo que sí y luego que no (2Sam 7,17). Y por lo mismo, cuando el profeta Eliseo vio llorar a la mujer sunamita, sin conocer la causa de su llanto, dijo al criado que la impedía acercarse: Déjala, porque su alma está llena de amargura y el Señor me lo ha ocultado y no me lo ha revelado (2Re 4,27). Dios todopoderoso actúa así por disposición de su soberana bondad, porque unas veces da el espíritu de profecía y otras lo retira, eleva las almas de los profetas a las alturas y al mismo tiempo las mantiene en la humildad, para que vean lo que son por la gracia de Dios, cuando reciben este espíritu, y lo que son por sí mismos, cuando les falta.

PEDRO.- Que es así como dices, lo manifiesta tu mismo razonamiento. Pero cuéntame por favor, todo lo que sepas del venerable abad Benito.

CAPÍTULO XXII

CÓMO EN UNA VISIÓN TRAZÓ EL PLANO DEL MONASTERIO DE TERRACINA

GREGORIO.- En otra ocasión, cierto varón piadoso le rogó que enviase algunos de sus discípulos para fundar un monasterio en una posesión suya, junto a la ciudad de Terracina. Accedió Benito a su demanda; designó a los monjes que habían de ir y nombróles abad y prior. Al despedirlos les prometió: "Id y tal día iré yo y os mostraré dónde debéis edificar el oratorio, el refectorio de los monjes, la hospedería y todo lo demás". Recibida la bendición, partieron en seguida. Esperaron con ansia el día señalado y prepararon todo lo necesario para los que habían de venir en compañía del santo abad. Pero la noche anterior al día convenido, antes de que amaneciera, el hombre de Dios se apareció en sueños al que había constituido abad y a su prior y les fue señalando minuciosamente cada uno de los lugares donde había de edificarse algo. Al levantarse de la cama, refirieron mutuamente lo que habían visto en sueños, pero no dieron crédito a la visión y así esperaron a que viniera el siervo de Dios, tal como se lo había prometido. Mas viendo que no había comparecido el día señalado, fueron a él y le dijeron llenos de tristeza: "Padre, esparábamos que vinieras, tal como nos lo habías prometido, y nos indicaras lo que habíamos de edificar, pero no compareciste". Él les respondió: "Hermanos, ¿cómo decís esto? ¿Acaso no vine según había prometido?". Contestáronle: "¿Cuándo viniste?". Él respondió: "Cuando me aparecí a los dos mientras dormíais y os señalé cada uno de los lugares. Id, pues, y según lo oísteis en la visión, construid todos los edificios del monasterio". Al oír esto, quedaron estupefactos; regresaron al predio susodicho y construyeron todas las dependencias según las instrucciones recibidas en la visión.

PEDRO.- Desearía que me explicaras, cómo pudo ir tan lejos, dar la respuesta a unos que dormían y éstos reconocerle y oírle en la visión.

GREGORIO.- ¿Por qué, Pedro, porfías en querer averiguar el hecho con tanta prolijidad? Es evidente que el espíritu es de naturaleza más sutil que el cuerpo. Por otra parte, sabemos con absoluta certeza, por el testimonio de la Escritura, que el profeta Habacuc fue arrebatado y transportado en un instante de Judea a Caldea con la comida. Y después de dar de comer al profeta Daniel se halló de nuevo súbitamente en Judea (Dn 17,32-39). Si, pues, Habacuc pudo en un instante ir corporalmente tan lejos a llevar la comida, no es de maravillar que al abad Benito le fuera concedido ir espiritualmente y decir lo necesario a los espíritus de aquellos monjes que estaban durmiendo. Pues así como aquél fue corporalmente para llevar el alimento corporal, éste fue espiritualmente para llevarles una instrucción de tipo espiritual.

PEDRO.- Confieso que la claridad de tus palabras ha hecho desaparecer en mí toda duda, pero quisiera saber cómo era el modo habitual de hablar de este santo varón.

CAPÍTULO XXIII

DE UNAS RELIGIOSAS QUE DESPUÉS DE SU MUERTE FUERON READMITIDAS A LA COMUNIÓN ECLESIAL, MERCED A UNA OBLACIÓN SUYA

GREGORIO.- Su lenguaje habitual, Pedro, no estaba desprovisto tampoco de poder sobrenatural, porque no podían caer en el vacío las palabras de la boca de aquel, cuyo corazón estaba suspendido en las cosas celestiales. Y si alguna vez decía algo, no ya ordenando sino amenazando, su palabra tenía tanta fuerza, que parecía que la hubiese proferido no con duda o vacilación, sino como una sentencia. En efecto, no lejos del monasterio vivían consagradas a Dios en su propia casa dos mujeres de noble linaje, a quienes cierto piadoso varón cuidaba de proveerles de todo lo necesario para su sustento. Pero en algunos, la nobleza de linaje suele engendrar vulgaridad de espíritu, puesto que los que recuerdan haber sido algo más que los demás, se desprecian menos en este mundo. Así, las citadas religiosas no habían domeñado perfectamente su lengua, ni siquiera bajo el freno de su hábito religioso, y frecuentemente con palabras injuriosas provocaban a ira a aquel piadoso varón, que les suministraba lo necesario para vivir. Éste, después de aguantar por largo tiempo sus ofensas, se dirigió al hombre de Dios y le contó las grandes afrentas que de palabra tenía que sufrir. El hombre de Dios, después de oír de ellas semejantes cosas, les mandó a decir: "Refrenad vuestra lengua, porque si no lo hacéis os excomulgaré". -Sentencia de excomunión que de hecho no lanzó, pues sólo amenazó con ella-. A pesar del aviso, ellas no corrigieron en nada su conducta. A los pocos días murieron y fueron sepultadas en la iglesia. Pero cuando se celebraba en ella el sacrificio de la misa y el diácono decía, según se acostumbra, en voz alta: "Si alguno está excomulgado salga fuera de la iglesia", su nodriza, que solía ofrecer por ellas la oblación al Señor, las veía salir de sus sepulcros y abandonar la iglesia. Después de comprobar repetidas veces que a la voz del diácono salían fuera de la iglesia y no podían permanecer en ella, recordó lo que el hombre de Dios les había mandado estando aún vivas, a saber: que las privaría de la comunión eclesial si no enmendaban su conducta y sus palabras. Entonces, sumamente apenada, comunicó el caso al siervo de Dios, el cual entregó por su propia mano una oblación, diciendo: "Id y haced ofrecer por ellas esta oblación al Señor y en adelante ya no estarán excomulgadas". Mientras se inmolaba la oblación presentada por ellas, el diácono, como de costumbre, dijo que salieran de la iglesia los excomulgados, pero en adelante no se las vio salir más del templo. Con lo que quedó de manifiesto que al no retirarse con los excomulgados, era porque habían sido recibidas a la comunión del Señor, gracias a su siervo Benito.

PEDRO.- Realmente, me admira que un hombre por más venerable y santo que fuera, viviendo aún en carne mortal, pudiera absolver a unas almas que estaban ya ante el invisible tribunal de Dios.

GREGORIO.- Pero, ¿es que no vivía en carne mortal el apóstol san Pedro, cuando oyó de la boca del Señor: Todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos y todo lo que desatares en la tierra será desatado en el cielo? (Mt 16,1). Este poder de atar y desatar lo tienen ahora aquellos que gobiernan santamente, por su fe y sus buenas costumbres. Pero, para que el hombre terreno pudiera hacer tales cosas, el Creador de cielos y tierra bajó del cielo, y para que la carne pudiera juzgar incluso a los espíritus, Dios hecho carne por los hombres se dignó concederle esto: que su debilidad se elevara sobre sí misma, porque la fortaleza de Dios se había debilitado por debajo de sí misma.

PEDRO.- El razonamiento de tus palabras concuerda perfectamente con el poder de sus milagros.

CAPÍTULO XXIV

DE UN MONJE JOVEN A QUIEN ARROJÓ LA TIERRA DEL SEPULCRO

GREGORIO.- Un día, cierto monje joven, que amaba a sus padres más de lo conveniente, se marchó a su casa, saliendo del monasterio sin pedir la bendición. El mismo día, en llegando a su casa murió y le sepultaron. Pero al día siguiente hallaron su cuerpo fuera de la fosa. De nuevo volvieron a enterrarle, pero al día siguiente lo hallaron otra vez fuera de la tumba. Entonces corrieron a los pies del abad Benito, pidiéndole entre sollozos que se dignara concederles su favor. Al punto, dióles el hombre de Dios por su propia mano la comunión del Cuerpo del Señor, diciéndoles: "Id y poned sobre su pecho esta partícula del Cuerpo del Señor y sepultadlo con ella". Hicieronlo así y la tierra retuvo el cuerpo, sin volver a arrojarlo más. ¿Ves, Pedro, qué méritos no tendría este hombre delante de nuestro Señor Jesucristo, que hasta la tierra arrojaba de sí el cuerpo de aquel que no tenía el favor de Benito?

PEDRO.- Lo veo perfectamente y ello me llena de asombro.

CAPÍTULO XXV

DEL MONJE QUE AL MARCHARSE DEL MONASTERIO CONTRA LA VOLUNTAD DE BENITO LE SALIÓ AL ENCUENTRO UN DRAGÓN QUE QUERÍA DEVORARLE

GREGORIO.- Un monje suyo, proclive a la inconstancia, no quería perseverar en el monasterio. Y aunque el hombre de Dios le corregía asiduamente y le amonestaba con frecuencia, de ningún modo quería permanecer más en la comunidad y se empeñaba con importunos ruegos a que le dejara marchar. Un día, cansado ya el venerable abad de tanta impertinencia, le mandó airado que se fuese. No bien hubo abandonado el monasterio, cuando le salió al encuentro un dragón, que abriendo sus fauces contra él amenazaba con devorarlo. Entonces, tembloroso y jadeante empezó a gritar con fuerte voz: "¡Corred, corred, que este dragón quiere devorarme!". Acudieron rápidamente los monjes; no vieron al dragón, pero condujeron al monasterio al monje, despavorido y tembloroso, quien en seguida hizo promesa de no abandonar jamás el monasterio. Y desde aquel momento permaneció constante en su promesa, gracias a que por las oraciones del santo varón había podido ver a aquel dragón que quería devorarlo y al que antes seguía sin ver.

CAPÍTULO XXVI

UN CASO DE ELEFANTIASIS CURADO

Tampoco debo callar lo que me contó el ilustre Antonio: que un esclavo de su padre fue atacado de una elefantiasis tan grave, que se le entumecía la piel y se le caía el cabello, sin poder ocultar la podredumbre que avanzaba por momentos. Enviado por su padre al hombre de Dios, instantáneamente recuperó la salud perdida.

CAPÍTULO XXVII

DE UNOS SUELDOS DEVUELTOS MILAGROSAMENTE AL DEUDOR

Asimismo, no puedo callar tampoco lo que su discípulo Peregrino solía contar: que en cierta ocasión un fiel cristiano, apremiado por la obligación de saldar una deuda, creyó que sólo hallaría remedio si acudía al hombre de Dios y le exponía la necesidad que tenía de pagarla. Fue, pues, al monasterio halló al siervo de Dios omnipotente y le explicó cómo su acreedor le afligía gravísimamente por doce sueldos que le debía. El venerable abad le respondió que no tenía doce sueldos, pero después de consolarle de su pobreza con suaves palabras, le dijo: "Ve y vuelve dentro de dos días, porque no tengo hoy lo que quisiera darte". Durante estos dos días, Benito, según su costumbre, estuvo ocupado en la oración. Cuando al tercer día volvió aquel hombre afligido por la deuda, se encontraron inesperadamente trece sueldos sobre un arca del monasterio que estaba llena de trigo. Mandó traerlos el hombre de Dios y entregarlos al afligido demandante, diciéndole que pagara los doce sueldos y se reservara el sobrante para sus propias necesidades. Pero volvamos ahora a lo que supe por referencias de los discípulos, de quienes hice mención en el exordio de este libro. Un hombre tenía una grandísima envidia de su enemigo y a tal punto llegó su odio, que ocultamente vertió veneno en su bebida. El veneno no llegó a quitarle la vida, pero de tal manera hizo mudar el color de su piel, que aparecieron esparcidas por todo el cuerpo unas manchas semejantes a las de la lepra. Fue enviado al hombre de Dios y recobró inmediatamente la salud perdida. Pues con sólo tocarle el santo desaparecieron al punto las manchas de su piel.

CAPITULO XXVIII

DE UNA AMPOLLA DE CRISTAL ARROJADA A UNAS ROCAS, QUE NO SE ROMPIÓ

En aquel tiempo en que el hambre afligía gravemente la región de la Campania, el hombre de Dios distribuyó entre los pobres cuanto había en el monasterio, hasta el punto de no quedar apenas nada en la despensa, fuera de un poco de aceite en una vasija de cristal. Llegó al monasterio un subdiácono, por nombre Agapito, pidiendo con insistencia que le diesen un poco de aceite. El hombre de Dios, que se había propuesto darlo todo en la tierra para encontrarlo todo en el cielo, ordenó dar al demandante aquel poco de aceite que quedaba. Pero el monje encargado de la despensa, aunque oyó perfectamente la orden, hizo oídos sordos a la misma. Poco después, preguntó el abad si había dado lo que le había mandado. Respondió que no había dado el aceite, porque de haberlo hecho no habría quedado nada para los monjes. Airado entonces el santo, mandó a otros monjes que arrojasen por la ventana aquella vasija de cristal que contenía un poco de aceite, para que en el monasterio no se guardara nada contra la obediencia. Así se hizo. Debajo de la ventana había un gran precipicio erizado de enormes rocas. Arrojada, pues, la vasija de cristal, cayó sobre las rocas, pero permaneció tan sana como si no la hubieran lanzado; de tal manera que ni se rompió ni se derramó el aceite. Entonces el hombre de Dios mandó subirla y entera como estaba entregarla al subdiácono. Luego reunió a la comunidad y en su presencia reprendió al monje desobediente por su soberbia y poca fe.

CAPÍTULO XXIX

LA TINAJA VACÍA QUE REBOSO DE ACEITE

Acabada la reprensión, púsose en oración juntamente con los demás monjes. En el mismo lugar donde oraban había una tinaja vacía y cubierta. Como el santo varón prolongara su oración, la tapadera de la tinaja empezó a levantarse, empujada por el aceite que iba subiendo. Al fin cayó la tapadera, y el aceite, desbordándose, comenzó a invadir el pavimento del lugar donde estaban postrados en oración. Al darse cuenta de ello el siervo de Dios Benito, puso en seguida fin a su oración y al punto el aceite dejó de derramarse por el suelo. Entonces amonestó con más insistencia al monje desconfiado y desobediente, para que aprendiese en adelante a tener más fe y humildad. El monje, saludablemente corregido, quedó ruborizado de ver que el venerable abad había mostrado con milagros el poder de Dios todopoderoso, del que antes le había hablado en la primera amonestación. Y así, no había ya quien dudara de las promesas de aquel que en un instante trocó un vaso de cristal casi vacío en una tinaja rebosante de aceite.

CAPÍTULO XXX DEL MONJE LIBRADO DEL DEMONIO

Un día, yendo el hombre de Dios a orar a la ermita de San Juan, situada en la misma cumbre del monte, cruzóse con él el antiguo enemigo en figura de veterinario, llevando consigo el cuerno y la tripédica. Preguntóle Benito: "¿Adónde vas?". Él le respondió: "A darles una poción a tus monjes". Prosiguió el venerable Benito su camino y concluida su oración regresó al monasterio. Entre tanto, el maligno espíritu encontró a un monje anciano que estaba sacando agua, y al punto entró en él y le arrojó por tierra, atormentándole furiosamente. El hombre de Dios, que regresaba ya de su oración, al ver a aquel monje tan cruelmente atormentado, dióle solamente una bofetada y el maligno espíritu salió tan rápidamente de él, que no se atrevió jamás a volver a aquel monje.

PEDRO.- Quisiera saber si estos milagros tan grandes los obtenía siempre por el poder de la oración, o si a veces los obraba con sólo el querer de su voluntad.

GREGORIO.- Los que se unen devotamente a Dios suelen obrar milagros de ambas maneras, según lo exigen las circunstancias, de suerte que unas veces hacen prodigios por medio de la oración y otras por sólo su propio poder. Porque si san Juan dice: A todos los que le recibieron les dio poder de llegar a ser hijos de Dios (Jn 1,12), ¿por qué maravillarse de que puedan obrar prodigios por su propio poder, quienes son hijos de Dios por ese mismo poder? Que obran milagros de las dos maneras nos lo atestigua san Pedro, que resucitó a la difunta Tabita con la oración (Hch 9,40) y entregó a la muerte a Ananías y Safira por sola su reprensión (Hch 5,1-10), puesto que no se dice que orara para que murieran, sino únicamente que les echó en cara el pecado que habían cometido. Luego es cierto, que unas veces obran milagros por su propia virtud, y otras por virtud de la oración, ya que a éstos les quitó la vida recriminándoles su pecado, y a aquélla se la restituyó orando. Y para que veas que esto es verdad, voy a traer ahora a colación dos prodigios del fiel siervo de Dios Benito, en los cuales aparece claramente que uno lo obró por el poder recibido de Dios y el otro por la oración.

CAPÍTULO XXXI

DE UN LABRIEGO MANIATADO, QUE DESATÓ CON SÓLO SU MIRADA

Un godo por nombre Zalla, afiliado a la herejía arriana, en tiempos del rey Totila, se encendió en odio y bárbara crueldad contra los varones piadosos de la Iglesia Católica, hasta el punto de que si algún clérigo o monje topaba con él no escapaba con vida de sus manos. Un día, abrasado por el ardor de su avaricia y ávido de rapiña, le dio por afligir con crueles tormentos a cierto labriego, y a torturarlo con varios suplicios. El rústico, vencido por tales tormentos, declaró que había confiado todos sus bienes al siervo de Dios Benito, para que creyéndole su verdugo, diera entre tanto tregua a su crueldad y pudiera ganar unas horas de vida. Cesó entonces Zalla de atormentar al labriego, pero le ató los brazos con gruesas cuerdas y comenzó a empujarle delante de su caballo para que le mostrara quién era el tal Benito, que había recibido en depósito todos sus bienes. El labriego, que iba delante con los brazos atados, le condujo al monasterio del santo varón, a quien encontró sentado junto a la puerta, solo y leyendo. El labriego dijo al cruel Zalla, que iba detrás de él: "He aquí al abad Benito, de quien antes te hablé". Zalla fijó en él su mirada llena de ira y ferocidad, y creyendo que podía usar con él los procedimientos terroristas que acostumbraba, empezó a gritar fuertemente, diciéndole: "¡Levántate, levántate! ¡Devuelve todo lo que recibiste de este labriego!".

Al oír estas palabras, el hombre de Dios, levantó sus ojos de la lectura, le miró y fijó también la vista en el labriego que mantenía maniatado. Al poner los ojos sobre los brazos del labriego, comenzaron a desatarse de un modo maravilloso y con tanta rapidez las cuerdas que ataban sus brazos, que no hubiera podido desligarlos tan presto celeridad humana alguna. Al ver Zalla cuán fácilmente quedaba desatado aquel que había traído maniatado consigo, aterrado ante la fuerza de tal poder, cayó del caballo y doblando a las plantas de Benito aquella su cerviz de inflexible crueldad, se encomendó a sus oraciones. El hombre de Dios no dejó por eso su lectura, pero llamó a los monjes y les mandó que introdujeran a Zalla en el monasterio y que le obsequiaran con algún alimento bendecido.

Cuando volvió a su presencia, le amonestó a que dejara tanta insana crueldad. Y así, al retirarse aplacado, no se atrevió a pedir nada a aquel labriego, a quien el hombre de Dios había desatado sin tocarlo, con sólo su mirada. Esto es, Pedro, lo que antes te decía: que aquellos que sirven con más familiaridad a Dios todopoderoso algunas veces suelen obrar cosas admirables con sólo su poder. Pues el que estando sentado reprimiera la ferocidad de aquel terrible godo, y con sólo su mirada deshiciera las cuerdas y nudos que ataban los brazos de un inocente, nos indican por la misma rapidez con que se hizo el milagro, que había recibido el poder de hacerlo. Ahora añadiré también un magnífico milagro, que obtuvo por medio de la oración.

CAPÍTULO XXXII

DE UN MUERTO, RESUCITADO POR LA ORACIÓN DEL HOMBRE DE DIOS

Cierto día, mientras el hombre de Dios había salido con sus monjes a las labores del campo, llegó al monasterio un campesino llevando en brazos el cuerpo de su hijo muerto, y estando fuera de sí por el dolor de tamaña pérdida, preguntó por el abad Benito. Cuando se le contestó que el abad estaba en el campo con los monjes, dejó a la puerta del monasterio el cuerpo de su hijo difunto y

trastornado por el dolor comenzó a correr en busca del venerable abad. Pero entonces regresaba ya el hombre de Dios del trabajo del campo con sus monjes. Apenas le divisó el campesino, comenzó a gritar: "¡Devuélveme a mi hijo! ¡Devuélveme a mi hijo!". Al oír estas palabras detúvose el hombre de Dios y le dijo: "¿Es que te he quitado yo a tu hijo?". A lo que respondió aquél: "Ha muerto; ven y resucítale". Al oír esto el siervo de Dios, se entristeció sobremanera y dijo: "Retiraos, hermanos, retiraos, que estas cosas no son para nosotros; son propias de los santos Apóstoles. ¿Por qué queréis imponernos cargas que no podemos llevar?". Pero el campesino, abrumado por el dolor, persistía en su demanda, jurando que no se había de ir si no resucitaba a su hijo. Entonces el siervo de Dios preguntó: "¿Dónde está?". Él le respondió: "Su cuerpo yace junto a la puerta del monasterio". Llegado que hubo allí el hombre de Dios con sus monjes, dobló las rodillas y se echó sobre el cuerpecito del niño, luego se levantó y alzando las manos al cielo dijo: "Señor, no mires mis pecados, sino la fe de este hombre que pide que se le resucite a su hijo, y devuelve a este cuerpecito el alma que le has quitado". Apenas había acabado de decir las palabras de esta oración, cuando volvió el alma al cuerpo del niño, estremeciéndose éste de tal modo, que quedó bien patente a los ojos de todos que aquel cuerpo se había agitado conmovido por una sacudida maravillosa. Tomó entonces al niño de la mano y vivo y sano lo entregó a su padre. Aquí queda de manifiesto, Pedro, que no estuvo en su poder el hacer este milagro, ya que postrado en tierra pidió poder para realizarlo.

PEDRO.- Está claro que todo es como dices, porque has probado tus palabras con hechos. Pero dime, por favor, si los santos pueden hacer todo lo que quieren y si alcanzan todo lo que desean obtener.

CAPÍTULO XXXIII

EL MILAGRO DE SU HERMANA ESCOLÁSTICA

GREGORIO.- ¿Quién habrá, Pedro, en esta vida más grande que san Pablo? Y sin embargo tres veces rogó al Señor que le librara del agujón de la carne (2Co 12,8) y no pudo alcanzar lo que deseaba. Por eso, es preciso que te cuente del venerable abad Benito cómo deseó algo y no pudo obtenerlo. En efecto, una hermana suya, llamada Escolástica, consagrada a Dios todopoderoso desde su infancia, acostumbraba a visitarle una vez al año. Para verla, el hombre de Dios descendía a una posesión del monasterio, situada no lejos de la puerta del mismo. Un día vino como de costumbre y su venerable hermano bajó donde ella, acompañado de algunos de sus discípulos. Pasaron todo el día ocupados en la alabanza divina y en santos coloquios, y al acercarse las tinieblas de la noche tomaron juntos la refección.

Estando aún sentados a la mesa entretenidos en santos coloquios, y siendo ya la hora muy avanzada, dicha religiosa hermana suya le rogó: "Te suplico que no me dejes esta noche, para que podamos hablar hasta mañana de los goces de la vida celestial". A lo que él respondió: "¿Qué es lo que dices, hermana! En modo alguno puedo permanecer fuera del monasterio". Estaba entonces el cielo tan despejado que no se veía en él ni una sola nube. Pero la religiosa mujer, al oír la negativa de su hermano, juntó las manos sobre la mesa con los dedos entrelazados y apoyó en ellas la cabeza para orar a Dios todopoderoso. Cuando levantó la cabeza de la mesa, era tanta la violencia de los relámpagos y truenos y la inundación de la lluvia, que ni el venerable Benito ni los monjes que con

él estaban pudieron traspasar el umbral del lugar donde estaban sentados. En efecto, la religiosa mujer, mientras tenía la cabeza apoyada en las manos había derramado sobre la mesa tal río de lágrimas, que trocaron en lluvia la serenidad del cielo.

Y no tardó en seguir a la oración la inundación del agua, sino que de tal manera fueron simultáneas la oración y la copiosa lluvia, que cuando fue a levantar la cabeza de la mesa se oyó el estallido del trueno y lo mismo fue levantarla que caer al momento la lluvia. Entonces, viendo el hombre de Dios, que en medio de tantos relámpagos y truenos y de aquella lluvia torrencial no le era posible regresar al monasterio, entristecido, empezó a quejarse diciendo: "¡Que Dios todopoderoso te perdone, hermana! ¿Qué es lo que has hecho?". A lo que ella respondió: " Te lo supliqué y no quisiste escucharme; rogué a mi Señor y él me ha oído. Ahora, sal si puedes. Déjame y regresa al monasterio". Pero no pudiendo salir fuera de la estancia, hubo de quedarse a la fuerza, ya que no había querido permanecer con ella de buena gana. Y así fue cómo pasaron toda la noche en vela, saciándose mutuamente con coloquios sobre la vida espiritual.

Por eso te dije, que quiso algo que no pudo alcanzar. Porque si bien nos fijamos en el pensamiento del venerable varón, no hay duda que deseaba se mantuviera el cielo despejado como cuando había bajado del monasterio, pero contra lo que deseaba se hizo el milagro, por el poder de Dios todopoderoso y gracias al corazón de aquella santa mujer. Y no es de maravillar que, en esta ocasión, aquella mujer que deseaba ver a su hermano pudiese más que él, porque según la sentencia de san Juan: Dios es amor (1Jn 4,16), y con razón pudo más la que amó más (Lc 7,47) 53.

PEDRO.- Ciertamente, me gusta mucho lo que dices.

CAPÍTULO XXXIV CÓMO VIO SALIR EL ALMA DEL CUERPO DE SU HERMANA

GREGORIO.- Al día siguiente, la venerable mujer volvió a su morada y el hombre de Dios regresó también al monasterio. Tres días después, estando en su celda con los ojos levantados al cielo, vio el alma de su hermana, que saliendo de su cuerpo en forma de paloma penetraba en lo más alto del cielo. Gozándose con ella de tan gran gloria, dio gracias a Dios todopoderoso con himnos de alabanza y anunció su muerte a los monjes, a quienes envió en seguida para que trajeran su cuerpo al monasterio y lo depositaran en el sepulcro que había preparado para sí. De esta manera, ni la tumba pudo separar los cuerpos de aquellos cuyas almas habían estado siempre unidas en el Señor.

CAPÍTULO XXXV DEL MUNDO ENTERO REUNIDO ANTE SUS OJOS Y DEL ALMA DE GERMÁN, OBISPO DE CAPUA

En otra ocasión, Servando, diácono y abad del monasterio que Liberio, antiguo patricio, había fundado en la región de Campania, fue a visitar a Benito, según su costumbre. Efectivamente, frecuentaba su monasterio; y como él estaba también lleno de buena doctrina y de gracia celestial,

se intercambiaban dulces palabras de vida, y suspirando preguataban ya el suave alimento de la patria celestial.

Habiendo llegado la hora de entregarse al descanso, el venerable Benito subió a su celda situada en la parte superior de una torre y el diácono Servando se quedó en la parte inferior. Una escalera comunicaba un piso con otro. Frente a la misma torre había una habitación amplia donde descansaban los discípulos de ambos. El hombre de Dios, Benito, mientras los monjes dormían aún, se anticipó a la hora de las vigiliás nocturnas y se quedó de pie junto a la ventana orando a Dios todopoderoso.

De pronto en aquella intempestiva hora nocturna vio difundirse una luz desde lo alto, que ahuyentó las tinieblas de la noche. Aquella luz, en medio de la oscuridad brillaba con tanto resplandor, que su claridad superaba con creces a la luz del día. En esta visión se siguió algo en extremo maravilloso, ya que según él mismo contó luego, apareció ante sus ojos el mundo entero, como recogido en un rayo de sol.

Y mientras el venerable abad fijaba sus pupilas en el resplandor de aquella luz tan brillante, vio cómo el alma de Germán, obispo de Capua, era llevada al cielo por los ángeles en una bola de fuego. Entonces, queriendo tener un testigo de tamaña maravilla, llamó al diácono Servando repitiendo dos o tres veces su nombre a grandes voces. Asustado por aquel grito, insólito en el hombre de Dios, subió y miró, pero no vio más que una pequeña centella de aquella luz.

Y como Servando quedara atónito ante este prodigio tan grande, el hombre de Dios le contó detalladamente todo lo que había sucedido. En seguida dio aviso al piadoso varón Teoprobo, de la villa de Casino, para que aquella misma noche enviara un mensajero a la ciudad de Capua, con el fin de informarse de cómo estaba el obispo Germán y se lo notificara. El mensajero encontró ya difunto al venerabilísimo obispo Germán, e informándose minuciosamente supo que su óbito había acaecido en el mismo instante en que el hombre de Dios había visto subir su alma al cielo.

PEDRO.- ¡Cosa sobremanera admirable y de todo punto inaudita! Pero eso que has dicho: de que ante sus ojos apareció el mundo entero como recogido en un rayo de sol, no puedo imaginármelo, porque jamás he tenido semejante experiencia. Pues, ¿cómo es posible que el mundo entero pueda ser visto por un hombre?

GREGORIO.- Fíjate bien, Pedro, en lo que voy a decirte. Para el alma que ve al Creador, pequeña es toda criatura. Puesto que por poca que sea la luz que reciba del Creador, le parece exiguo todo lo creado. Porque la claridad de la contemplación interior amplifica la visión íntima del alma y tanto se dilata en Dios, que se hace superior al mundo; incluso el alma del vidente se levanta sobre sí, pues en la luz de Dios se eleva y se agranda interiormente. Y cuando así elevada mira lo que queda debajo de ella, entiende cuán pequeño es lo que antes estando en sí, no podía comprender. El hombre de Dios, pues, contemplando el globo de fuego vio también a los ángeles que subían al cielo, cosa que ciertamente no pudo ver sino en la luz de Dios. ¿Qué hay de extraño, pues, que viera el mundo reunido en su presencia, el que elevado por la luz del espíritu salió fuera del mundo? Y al decir que el mundo quedó recogido ante sus ojos, no quiero decir que el cielo y la tierra redujeran su tamaño, sino que, dilatado y arrebatado en Dios el espíritu del vidente, pudo ver sin dificultad todo lo que estaba por debajo de Dios. Pues a esta luz que brillaba ante sus ojos, correspondía una luz

interior en su alma, que arrebatando el espíritu del vidente en las cosas celestiales, le mostró cuán pequeñas son todas las cosas terrenas.

PEDRO.- Veo que me ha sido de gran utilidad el no haber entendido lo que dijiste antes, pues gracias a mi lentitud en comprender, tu explicación ha sido mucho más completa. Pero ahora que ya me has explicado estas cosas con tanta claridad, te ruego que vuelvas a tomar el hilo de la narración.

CAPITULO XXXVI QUE ESCRIBIÓ UNA REGLA MONÁSTICA

GREGORIO.- Con gusto, Pedro, seguiría contándote cosas de este venerable abad, pero algunas las omitiré adrede, porque tengo prisa en contar los hechos de otros personajes. Con todo, no quiero que ignores que el hombre de Dios, no sólo resplandeció en el mundo por sus muchos milagros, sino que también brilló, y de una manera bastante luminosa, por su doctrina, pues escribió una Regla para monjes, notable por su discreción y clara en su lenguaje. El que quiera conocer con más detalle su vida y costumbres, podrá encontrar en las ordenaciones de esta Regla todo lo que enseñó con el ejemplo, pues el santo varón de ningún modo pudo enseñar otra cosa sino lo que había vivido.

CAPÍTULO XXXVII LA PROFECÍA QUE DE SU MUERTE HIZO A LOS MONJES

En el mismo año que había de salir de esta vida, anunció el día de su santísima muerte a algunos de los monjes que vivían con él y a otros que estaban lejos; a los que estaban presentes les recomendó que guardaran silencio de lo que habían oído y a los ausentes les indicó la señal que les daría cuando su alma saliera del cuerpo. Seis días antes de su muerte mandó abrir su sepultura. Pronto fue atacado por la fiebre y comenzó a fatigarse a causa de su violento ardor.

Como la enfermedad se agravaba cada día más, al sexto día se hizo llevar por sus discípulos al oratorio, donde confortado para la salida de este mundo con la recepción del cuerpo y la sangre del Señor y apoyando sus débiles miembros en las manos de sus discípulos, permaneció de pie con las manos levantadas al cielo y exhaló el último suspiro, entre palabras de oración. En el mismo día, dos de sus monjes, uno que vivía en el mismo monasterio y otro que estaba lejos de él tuvieron una misma e idéntica visión.

Vieron en efecto un camino adornado de tapices y resplandeciente de innumerables lámparas, que en dirección a Oriente iba desde su monasterio al cielo. En la parte superior del camino, un hombre de aspecto venerable y lleno de luz les preguntó si sabían qué camino era el que estaban viendo. Al contestarle ellos que lo ignoraban, les dijo: "Éste es el camino por el cual el amado del Señor, Benito, ha subido al cielo".

Así, pues, los presentes vieron la muerte del santo varón y los ausentes la conocieron por la señal que les había dado. Fue sepultado en el oratorio de San Juan Bautista, que él mismo había edificado

sobre el destruido altar de Apolo. Y tanto aquí como en la cueva de Subiaco, donde antes había habitado, brilla hasta el día de hoy por sus milagros, cuando lo merece la fe de quienes los piden.

CAPÍTULO XXXVIII DE UNA MUJER LOCA, CURADA EN SU CUEVA

No ha mucho ocurrió el hecho que voy a narrar. Una mujer loca, mientras tuvo enajenado el juicio, vagaba día y noche por montes y valles, bosques y campos, sin descansar en parte alguna, sino donde le obligaba la fatiga. Un día, después de haber andado errante durante mucho tiempo, llegó a la cueva del bienaventurado Benito y quedóse allí dormida, ignorando empero dónde había entrado. Al día siguiente, salió tan sana de juicio como si nunca hubiera sufrido desvarío alguno, y durante el resto de su vida conservó la salud que había recobrado.

PEDRO.- ¿Por qué vemos con frecuencia que sucede lo mismo con los santos mártires, que no hacen tantos milagros donde están sus cuerpos sepultados o hay reliquias suyas, y en cambio obran prodigios mayores donde no están sepultados?

GREGORIO.- No dudo, Pedro, que los santos mártires pueden obrar muchos prodigios allí donde yacen sus cuerpos, como de hecho así sucede, y allí hacen innumerables milagros a los que los solicitan con recta intención. Pero, porque las almas enfermizas pueden dudar de que los mártires estén presentes para escucharles donde saben que no están sus cuerpos, por eso es necesario que obren mayores milagros donde un alma débil puede dudar de su presencia. Pero la fe de aquellos que tienen el alma unida a Dios tiene tanto más mérito, cuanto que saben que aunque no estén allí sus cuerpos, no por eso dejarán de ser escuchados. Por eso, la misma Verdad, para acrecentar la fe de sus discípulos, les dijo: Si yo no me voy, no vendrá a vosotros el Espíritu Paráclito (Jn 16,7). Pero siendo así que el Espíritu Paráclito procede continuamente del Padre y del Hijo, ¿por qué dice el Hijo que debe retirarse para que venga el que no se aleja jamás de él? Pues porque los discípulos, viendo al Señor en la carne, tenían deseos de verle siempre con los ojos corporales. Por eso les dijo con razón: Si yo no me voy, no vendrá a vosotros el Espíritu Paráclito. Como si dijera abiertamente: "Si no sustraigo mi cuerpo a vuestras miradas, no puedo mostraros lo que es el amor del Espíritu; y si no dejáis de verme corporalmente, jamás aprenderéis a amarme espiritualmente".

PEDRO.- Me gusta tu explicación.

GREGORIO.- Debemos hacer ahora una pequeña pausa en nuestra conversación, pues si hemos de seguir narrando los milagros de otros santos, preciso será que, entre tanto, con el silencio reparemos nuestras fuerzas